

Núm. 26.—Noviembre de 1852.

AÑO 2.º

EL

TOMO 1.º

CORREO DE LA MODA.

PERIODICO DEL BELLO SEXO.

MODAS, LITERATURA, BELLAS ARTES, TEATROS ETC.

Fundado en 1.º de Noviembre de 1851.



REDACCION,

CONCEPCION GERÓNIMA, NÚM. 1, LITOGRAFÍA DE CASTELLÓ

—
Madrid.

Núm. 20.-Noviembre de 1852.

TOMO I.

EE

AÑO 3.

CORREO DE LA MODA

PERIÓDICO DEL BELLO SEXO.

MODAS, LITERATURA, BELLAS ARTES, TEATROS, ETC.

Fundado en 1851.



Madrid 1852--Imprenta de el Correo de la Moda,
á cargo de Agustín P. Vega, calle Sin Puertas núm. 1.

CORREO DE LA MODA.

PERIODICO DEL BELLO SEXO.



Biografía de Madama Maintenon.

Francisca de Auvigné, Marquesa de Maintenon, pertenecía á una familia antigua oriunda del Anjou; varias ramas de la cual se establecieron en el Berry, en el Poitou, y en la Guiena.

Constante de Auvigné, su padre, hijo del famoso Teodoro Agrippa de Auvigné, cuyo nombre recuerda el glorioso reinado de Enrique IV, se señaló siendo aun muy jóven por su mala conducta, y su inobediencia á los mandatos paternos. Nacido calvinista, renegó sin mas objeto que obtener el favor de la corte; pero tardó poco en disipar enteramente la fortuna que habia adquirido; y con ánimo de recuperarla resolvió pasar á la Carolina, y formar allí un establecimiento. Para asegurar la ejecucion de su proyecto, entabló relaciones con la Inglaterra, mas fueron descubier-

tas y en consecuencia le encerraron en el Castillo-Trompeta de Burdeos en 1632. Desde allí lo trasladaron á Niort en el Poitou, y en la portería de aquella carcel nació el 27 de noviembre de 1635 Francisca de Auvigné, que mas tarde con el nombre de Madama Maintenon debia representar un papel tan importante en la corte de Luis XIV.

En cuanto Madama de Villette, hermana de Constante, supo el nacimiento de su sobrina, acudió en ayuda de su hermano. Fue á visitarle á la carcel, y se llevó consigo al castillo de Marzay á Paquita, á quien prodigó los cuidados y caricias de una madre, haciendo que la criase la misma ama que á su hija, sin establecer distincion alguna entre una y otra. En 1638 Auvigné recobró la libertad, y se em-

barcó inmediatamente para la Martinica, con su muger é hijos. Se cuenta que durante la travesia Paquita estuvo enferma de tanta gravedad, que durante algunas horas se la creyó muerta costando no poco trabajo disuadir á los marineros de su empeño en arrojarla al mar; que estando ya en la isla la condujo un dia su madre al campo, y que rendidas de hambre y de cansancio se sentaron sobre la yerba, y ya se disponian á tomar algun alimento, cuando vieron de improviso una serpiente que venia á tomar parte en el festin. Huyeron despavoridas, dejando al réptil venenoso su comida, que aquel se tragó en un instante. Apenas hay personage alguno célebre sobre cnya niñez no se cuenten anécdotas maravillosas y estraordinarias: con el tiempo hicieron correr la voz de que Paquita, á la manera de Alejandro, estuvo á pique de ser ahogada por una serpiente, y aquellos rumores adquirieron crédito y fueron reputabos como los presagios de la grandeza á que habia llegado.

En la Martinica Auvigné realizó prontamente una fortuna considerable; pero la prosperidad despertó sus vicios favoritos: jugó y se vió arruinado por segunda vez. Entonces con su acostumbrada actividad emprendió nuevas especulaciones; pero murió en 1645 dejando á su familia sumergida en la mas horrible indigencia. La viuda pensó entonces en su patria; el sol de Francia

embellecido por todos los encantos de su imaginacion, se le apareció mas brillante y espléndido. Por fin se embarcó. Su primera diligencia en cuanto llegó, fue vindicar ciertos derechos, reclamando á la familia de su marido la posesion de la Baronía de Surineau, y otros muchos bienes. Entabló al efecto la correspondiente demanda, y el resultado fue infructuoso, dejandola sin recurso alguno. Entonces desplegando aquella firmeza de alma, y aquella resignacion llena de valor de que tantas pruebas habia dado en vida de su esposo, se resolvió á vivir del producto de su trabajo, dando á su hija el ejemplo de las virtudes mas estóicas.

En medio de estas nuevas desgracias, y de tan estremada penuria, Madama de Auvigné encontró una distraccion, digna del corazon de una madre, en la instruccion de Paquita que entonces tenia diez años, y á quien consagraba todos los momentos de ocio que le permitian sus ocupaciones. Plutarco leído y esplicado por ella todos los dias, adornaba la tierna imaginacion de su hija y formaba su gusto. Tenia igual aptitud para todos los estudios, yya se descubria en la niña á la muger de talento cuyo alto destino estaba oculto tras el impenetrable velo del porvenir. ¡Pero cuantas vicisitudes le estaban reservadas antes de llegar al apogeo de la grandeza!

Los apuros crecian de dia en dia,

y un nuevo viage que se vió obligada á hacer á la Martinica, precisaron á Madama de Auvigné á aceptar, aunque con repugnancia, la oferta generosa de Madama Villette que brindó de nuevo á su sobrina con el asilo en que habia encontrado tan buen acogimiento, cuando no tenían otro eco sus vagidos que las frias paredes de una carcel.

Desgraciadamente para la pobre huérfana, también le faltó esta dulce protectora, y fue recogida por Madama de Neuillant, muger dura y avara, quien la confundió con los criados, complaciéndose en emplearla en las faenas mas degradantes. Todas las mañanas le ponian en el brazo una cestita con las provisiones para el dia, unacaretta de las que entonces se usaban para resguardarse del sol y un ancho sombrero de paja; con este equipaje la enviaban á guardar pavos al campo. Cuando volvía tenia que cuidar del gallinero, del palomar y del establo; por eso dice en sus memorias: *Yo era la que mandaba en el corral, y por allí empezó mi reinado.*

Llegó por fin el dia en que su madre volvió de la Martinica, y la puso en el convento de las Ursulinas de la calle de Santiago, donde pasó bastantes años, sino feliz por lo menos tranquila.

En fin, llegó para la señorita de Auvigné le hora de abandonar el colegio en donde los dias se pasan tan puros y tranquilos, y entrar de-

finitivamente en el seno de su familia. Vino su madre á buscarla, y la llevó al Poitou, donde permaneció muy poco tiempo.

En esta época la guerra de la Fronda acababa de conmover el reinado de Luis XIV, y la monarquía bajo el ministerio de Mazari-ni, estuvo á dos dedos de su ruina. Todos los gefes de la revolucion habian huido de Paris, y la mayor parte de Francia, no quedando en la capital mas que algunos conspiradores hambrientos y oscuros, dispuestos á seguir el partido del mas fuerte, siempre el mejor y mas seguro para los hombres sin probidad, vergüenza ni principios.

En el cuartel del Marais, habia quedado el poeta Scarron, sin embargo de que era uno de los hombres que mas parte habian tomado en la insurreccion. Sus epigramas contra el ministro, y sobre todo la *Mazarinada* no habian contribuido poco á escitar el espíritu revolucionario durante las sangrientas jornadas en que el príncipe de Condé, á la cabeza de 8000 hombres, hacia sufrir á los habitantes de Paris, el golpe de la primera á los corintios y en que la hija del duque de Orleans, mandaba tirar desde la Bastilla, aquel cañonazo que debia matar á su esposo. ¿Porque pues, Scarron, que tanto debia temer la colera de Mazarini, no huyó como sus compañeros? El pobre hombre hubiera querido poderlo verificar;

pero una enfermedad horrorosa que le hizo perder el uso de los miembros no dejándole libres mas que el talento y el estómago, le obligó á quedarse clavado en la silla en que se hacia conducir á las casas de sus amigos y á la corte. En cuanto Mazarini volvió á Paris, Scarron se apresuró á dar una satisfaccion en verso á la dignidad ultrajada del ministro, y á confesar humildemente sus siarrazones. Pero el Cardenal, como buen Italiano, no sabia perdonar, y el pobre Scarron, á pesar de sus protestas de adhesion, no consiguió se le continuase pagando la pension que le habia sido concedida; viéndose reducido á la miseria, y atormentado por el mal que no le dejaba sosegar de dia ni de noche. Entonces decidió servirse de su pluma como medio de subsistencia, y mofarse de sus propios dolores. Algun tiempo despues mejoró de posicion. Ana de Austria que quiso verle, admirada de su talento le concedió una pension de 1,500 libras y desde entonces se tituló Scarron: *El primer enfermo de la Reina*. despues de su enlace con Madamisela de Auvigné, Madama Fouquet, muger del Superindente de Hacienda, que queria mucho á la joven Madama Scarron alcanzó muchas pensiones para el poeta, el cual se hizo celebre por los versos burlescos que inventó cuyo gusto duró bastante tiempo en Francia.

En los salones del festivo poeta,

se reunia, antes y despues de la Fronda, todo lo mas célebre que existia entre los caballeros y señoras en Paris: escritores, altos personajes, jóvenes brillantes por su ingenio y hemosusa. No era raro el encontrar allí á Fouquet al lado del Cardenal de Retz, y á la señorita de Scuderi junto á la Duquesa de Richelieu. El palacio de Rambouillet, en donde hasta entonces se habia reunido la sociedad mas brillante y cientifica, se iba quedando desierto, y el enjambre bullicioso que formaba la juventud de la corte de Luis XIV, se agrupaba al rededor del paralítico, cuyo talento y buen humor escitaban la alegria y el ingenio de los demas.

Madama de Auvigné, de vuelta de su viage al Poitou, habitaba en el Marais, casi enfrente de la casa de Scarron. Obligada siempre á luchar contra la miseria y la adversidad, perdió poco á poco la salud, y Paquita de Auvigné tuvo que llorar su aislamiento, y la muerte de su madre.

Ya no ecsistia Madama de Villette, y por consiguiente Madama de Neuillant se vió obligada á admitir otra vez en su casa á la joven huérfana, para hacerla aun sufrir los tormentos de la dependencia.

Madama de Neuillant iba muy á menudo en casa de Scarron, y solia llevar algunas veces á Paquita que tenia entonces 14 ó 15 años, y tanta belleza como timidez. Cuando

entró en los salones del enfermo, y se vió rodeada por aquella turba ardiente que le era desconocida, Paquita echo á llorar, avergonzada de su corto vestido y de su traje un tanto provincial. Sin embargo aquella timidez que la hacia bastante torpe, no impidió el que todos notasen su belleza, y Scarron, á pesar de su deformidad, se atrevió á pensar en ser su esposo: se dice que ya habia pedido su mano en vida de su madre, pero sea como quiera, es lo cierto que á fines de Mayo de 1652, la bella Indiana se casó con Scarron.

Desde entonces, se obró un cambio repentino en el interior y en la sociedad del poeta: la licencia que hasta entonces habia gozado de completa libertad, la frivolidad y los discursos irreligiosos, fueron reemplazados por el recato, la gravedad y la tolerancia. En cuanto Madama Scarron aparecia en la reunion, digna y llena de magestad, su presencia á la vez graciosa y severa, imponia á los que mas libres se habian mostrado, y su encantadora benevolencia realzada por el esplendor de su belleza y de sus 17 años cautivaba todos los corazones.

Penetrada de la santidad y grandeza de sus deberes, empezó una vida de abnegacion y afecto de que dió tantas pruebas durante los ocho años que vivió su desgraciado esposo, el cual hallaba en la compañía de su hechicera consorte la compensacion de todas sus do-

lencias. Su piedad que llegaba á veces hasta el ascetismo la fortaleció contra todos los lazos tendidos á su inesperienza.

La belleza y la virtud no eran las solas cualidades que adornaban y hacian apreciable á Madama Scarron. Poco á poco se disipó su timidez adquiriendo una gracia inefable en la conversacion, que muchas veces servia para sacarla de los atolladeros en que la metia la escasez de su marido, obligado por la etiqueta y antiguas costumbres á recibir en su casa; ella divertia á los convidados con sus salidas chistosas y brillantes, y los distraia de tal modo, que hasta olvidaban la comida. Todo el mundo sabe el dicho de aquel criado, que entró cuando estaban en la mesa, y dirigiéndose al oido de su ama: «Señora le dijo, cuente V. otra anécdota porque hoy no tenemos asado.»

En fin, al cabo de ocho años de una union que habia causado la admiracion y envidia de todos, Madama Scarron perdió á su marido, al cual asistió hasta el último momento con un cariño, una abnegacion y una constancia jamas desmentidas. Hallándose casi espirando, y á ruego de su muger, arregló su conciencia y recibió los consuelos cristianos, conservando hasta el último suspiro su acostumbrada alegría. Viendo llorar á sus criados: *Llorais*, les dijo, *hijos mios, andad que nunca llorareis tanto co-*

mo os he hecho reir. Murió en 1660 despues de haber compuesto así su epitafio:

*Pasa con planta ligera
Teme mi sueño invertir,
Porque es la noche primera
Que Scarron logra dormir.*

En los diez años primeros de su viudez, Madama Scarron frecuentó la sociedad de Madamas de Sevigné, de Coulanges, de Lafayette, y los palacios de Albret y de Richelieu, donde vió á Madama de Montespan. Estas relaciones, la obligaron á seguir alternando con la alta sociedad, de la que su estremada pobreza la alejaba. Todos sus amigos trabajaban infructuosamente para conseguir recobrase la pension que Scarron debia á la generosidad de la reina madre, y que habia cesado con su muerte. Mazarini, acordándose siempre de la *Mazarinada*, era inflexible. ¿Está buena la suplicante,? preguntó un dia, á cierto agente oficioso de Madama Scarron.—Si señor contestó aquel.—«Pues bien, repuso el Cardenal, en ese caso no debe heredar á un hombre enfermo. No queriendo ser gravosa á nadie, se retiró al convento de las Hospitalarias de la Plaza Real. La Mariscal de Aumont, parienta suya, le cedió una habitacion que allí tenia y en ella vivió honradamente con el fruto de sus economias. Ana de Austria, habiendo un dia oido

pronunciar el nombre de Scarron, preguntó que se habia hecho la viuda, y como le dijeran que vivia en la mas completa miseria, le mandó dar una pension de dos mil libras, en lugar de las mil quinientas que disfrutaba su marido. Cuando supo tan fausta noticia, escribió á la mariscal de Albret: *He ofrecido á Dios dar á los pobres la cuarta parte de mi pension, esas quinientas libras de mas que no disfrutaba mi esposo se las debo en buena moral.* Al momento dejó la casa de las Hospitalarias, y se retiró al convento de las Ursulinas de la calle de Santiago, donde habia sido educada, y desde donde continuó siendo la delicia y admiracion de las numerosas reuniones á donde concurría con frecuencia.

A la muerte de la Reina madre, en 1666, cesó otra vez su pension, y quedó de nuevo sin recursos. Entonces sus amigos, al verla en una posicion tan precaria, quisieron casarla con un hidalgo rico, pero poco apreciable. Reusó un enlace semejante, y en consecuencia se resintieron y la abandonaron todos. Entonces se vió obligada á obrar por sí misma: presentó algunos memoriales á Luis XIV, los que no fueron ni siquiera leídos. Desanimada, y no esperando obtener una posicion ventajosa en Francia, adoptó la proposicion que se le hizo de colocarla en casa de la Princesa de Nemours, cuyo casamiento con Alfonso VI rey de Portugal,

negociaba Luis XIV aunque sentia en el alma el espatriarse. Ya iba á consumir este sacrificio, cuando se empeñó en que la presentaran á Madama de Montespan, á quien habia visto á menudo en las reuniones del palacio de Albret, para que se encargase de la peticion que tenía hecha al Rey. Esta lo hizo así, y algunos dias despues, Madama Scarron recibió su pension, y el Rey, uniendo la benevolencia á la generosidad le dijo: *Señora, os he hecho esperar mucho tiempo; pero teneis tantos amigos que he querido alcanzar solo este mérito, para con vos.* Segura ya de su posicion, Madama Scarron dejó la casa de las Ursulinas, y se estableció en la calle de Tournelles de donde la fortuna no tardó en sacarla. En este nuevo asilo recobró su alegría acostumbrada, y el trato de sus amigos, que se consolaron de la pena que tuvieron cuando formó el proyecto de abandonar la Francia. Por entonces Luis XIV buscaba para el duque de Maine una aya distinguida, y capaz de darle una educacion esmerada. Habiendo oido hablar de los méritos de la viuda de Scarron, le ofreció el empleo, que ella aceptó al momento, siendo este el primer escalon por donde subió al alto puesto que le estaba reservado.

(Se concluirá.)

POESIA.

La viola y el clavel.

APOLOGO.

Pues dicen que son las flores
imagen de la muger,
de dos mugeres la historia
en dos flores contaré.

En una verde pradera
desplegaronse á la vez,
una orgullosa viola
y un presemido clavel.

Obsequiaba á la primera
con enamorada fè,
un cristalino arroyuelo
que murmuraba á sus pies.

Mas sus caricias pagaba
la viola con esquivéz,
los ósculos desdeñando
del que la adoraba fiel.

Ofendido el arroyuelo
de tan constante desden,
á la reina de los prados
fue sus quejas á esponer.

Dejadme por otras tierras
dijo mi curso torcer:
acaso menos esquivas
otras flores hallaré.

Y diz que el clavel en tanto
llegó á quejarse tambien,
á la reina de los prados
diciendo: *Piedad tened:*

Aquí en retiro y tristeza
mi vida consumiré,
sin que admiren mi hermosura
mi pompa y mi esplendidez.

Escuchó Flora las quejas
del arroyo y del clavel,
y á las súplicas de entrambos
quiso gustosa acceder.

Torció su curso el arroyo
hácia un ameno vergel,
donde idolo de mil flores
contemplose con placer:

Y sin su riego la viola
vió marchitarse su tez,
aunque tarde arrepentida
de su ingratitud cruel.

Cogió el clavel un amante,
y de su amada en la sien,
envidia de las hermosas
por breves instantes fue.

Mas su pompa y hermosura
marchita no tardó en ver,
y arrepentido maldijo
su presumida altivez.

De estas flores el ejemplo
escarmiento ha de ofrecer
á las beldades que pecan
por presuncion ó altivez,

F. J. Simonet.

Costumbres de los Orientales.

Los usos y costumbres orientales tan diferentes de los nuestros, son menos conocidos de lo que teniamos derecho á esperar del gran número de viajeros que han recorrido aquellas regiones cuyas relaciones poseemos. Es que las naciones son como las personas que no se las juzga bien mas que en ocasiones extraordinarias.

Entendemos por orientales á los Turcos, los Arabes y los Persas, que como se sabe, profesan la religion de Mahoma siendo el Alcoran su ley, y por consiguiente se gobiernan por unos mismos principios. Asi es que aunque viven en territorios de climas enteramente opuestos, y hablan lenguas diferentes, sus costumbres tienen tanta semejanza que nos permite considerarlos bajo un mismo aspecto poco mas ó menos.

Los individuos que componen la asociacion que nosotros llamamos familia, son entre los orientales modernos como entre los antiguos romanos, el padre, la madre, los hijos, los clientes, los criados y los esclavos.

Es demasiado sabido que en el oriente las mugeres son las primeras esclavas de sus maridos: ellas los consideran como sus amos, sus protectores y su apoyo, y nunca los nombran sin el mayor respeto. Ya estén ausentes ó presentes siempre los tratan de *Seidous* esto es Señores. Cuando vuelven á casa salen á recibirlos, les besan las manos, les limpian el sudor del rostro, les quitan las armas y los vestidos que no se llevan mas que para salir de casa. Al propio tiempo exigen de sus hijos, de sus criados y de sus esclavos los mismos actos de sumision y respeto.

Siendo la autoridad paternal mayor entre aquellos pueblos que entre nosotros, desde muy niños se

acostumbra á los hijos á mirar al autor de sus días con el respeto mas profundo, de suerte que un extranjero los tomará indudablemente por criados de la casa. En presencia de su padre permanecen siempre en pie, y esperan sus órdenes en silencio. Sirven á la mesa, á la cual no se les admite sentarse ni aun el día de su boda.

En Persia cuando un hombre adquiere una elevada posicion por su crédito, su fortuna ó su sabiduría, frecuentan su casa una muchedumbre de clientes y de parásitos que son considerados como de la familia, y que apenas le dejan un momento solo, viéndosele siempre acompañado de algunos de ellos donde quiera que se le encuentre. Participan de su buena ó mala fortuna: si se eleva, se elevan con él; si cae en desgracia, son perdidos.

En el oriente las mugeres son los intérpretes del regocijo ó del dolor público. Si acontece un suceso feliz, dan gritos de alegría modulados por un movimiento rápido de la lengua, que no podemos especificar con precision, y con ellos reemplazan las palmadas con que aplaudimos en Europa. Si por el contrario sobreviene alguna desgracia dan gritos lúgubres, que solo difieren de los otros en que son mas prolongados y mas agudos.

Las mugeres tambien tienen la costumbre de ir á llorar todos los viernes sobre las cenizas de sus parientes, y de las personas que goza-

ron de su estimacion.

Los orientales profesan una admiracion sin limites á las personas en quien suponen conocimientos que ellos no poseen. En su opinion la humildad es el mas bello adorno del sabio, y á un poeta persa debemos esta preciosa comparacion. *El hombre que á las ventajas que proporciona el talento reúne el merito de la modestia, es semejante á la rama de un árbol muy cargada de fruta que inclina su cabeza hácia la tierra.*

La amistad verdadera parece es menos rara entre los orientales que entre nosotros.

Si dos árabes se encuentran despues de una larga ausencia, se quedan como en éstasis, guardan un absoluto silencio durante algunos minutos, y las primeras palabras que se dirigen es para informarse de lo que concierne á uno y á otro. No se nombran mas que hermanos, y se sirven de las frases mas hiperbólicas y retumbantes, como por ejemplo: *Ahora que te veo principio á vivir; pues lejos de tí me creía separado de la sociedad de los hombres.* Se cogen y apretan la mano, la llevan á sus lábios y luego la oprimen contra su corazon.

Las fórmulas de la cortesania de los orientales son innumerables; y extravagantes las que emplean los persas paaa informarse de la salud de alguno, pues le preguntan en que estado se encuentra su cerebro, y no hay cosa mas ridicula y afec-

tada que su estilo epistolar. Por lo comun en una larguísima carta, á penas consagran dos líneas al objeto principal.

En Europa tenemos la costumbre de felicitar á nuestros amigos por todos los acontecimientos dichosos que les suceden; pero en oriente no es lo mismo. Si una madre tiene en brazos y acaricia á su hijo, es preciso guardarse bien de ponderar sus gracias y hermosura; porque para ellos esto es equivalente á desear la muerte del pobre niño. Si la fortuna sonríe á alguno, nadie le manifiesta su satisfaccion, por la creencia en que viven de qué esto es tentar á la fortuna que entonces se les vuelve contraria; y así de las demas cosas, de suerte que solo se felicitan cuando les sucede alguna desgracia.

Seria demasiado largo enumerar aqui todos los preservativos que los charlatanes han inventado y puesto en uso para evitar los efectos de lo que ellos llaman *nazar*, los italianos *ochio cattivo* y nosotros tomar de ojo. Cuando una muger que ha salido vuelve á su casa, lo primero que hace es purificarse con agua y perfumes para destruir los sortilegios que contra ella hayan podido emplearse.

Otras colocan entre las joyas que adornan su cabeza una pluma especial ú otra cosa que llame la atencion, y distraiga á los que quisieran perjudicarlas por envidia ó celos. Por el mismo motivo los ára-

bes acostumbran á suspender al cuello de sus camellos una babucha vieja á que llaman *El apoyo de Husein*; y los Levantinos que navegan en el mar Negro y en el de Mármara colocan en la popa de sus buques rosarios de vidrio de colores, persuadidos que es el medio mas seguro de ponerlos á cubierto de las tempestades.

En oriente está prohibido el juego por la religion y por las leyes; placer que reemplazan con escuchar á los que relatan cuentos y á los bufones. Los primeros son una especie de improvisadores que fundan su orgullo en hablar en público con gracia, y mezclar con oportunidad sentencias morales en sus narraciones. Los segundos, consagrados por lo general al servicio de los grandes procuran escitar la risa con anécdotas chistosas, agudezas picantes ó chanzas pesadas dirigidas contra algun enemigo del dueño de la casa. Unas veces el mimo se levanta, y remeda, hasta el punto de engañarse los oyentes, la voz, el gesto, el andar y los demás ademanes del hombre á quien quiere poner en ridículo; otras tomando un acento extraño y desapacible al oido, recita con la mayor seriedad chocarrerías mas ó menos ingeniosas, mas ó menos insultantes; pero casi siempre desprovistas de sentido y de buen gusto.

Estos bufones son sin duda de un orden inferior á lo que eran en otro tiempo los que tenían en Eu-

ropa los reyes, los príncipes y los grandes señores. Rasgo de semejanza que no es el único que subsiste entre los modernos orientales y los antiguos europeos. Por ejemplo, los ejercicios y los combates, reales ó simulados, en uso entre las gentes de guerra del oriente son idénticos á los que se verificaban ya en campo cerrado ya en los torneos por nuestros antepasados. Las cotas de malla, los cascos de acero, las lanzas y aun las mazas de armas de que se sirven todavia los turcos y los persas, la construccion de sus palacios con fosos y torrecillas con almenas, las celosias y vidrios pintados que vemos en sus aposentos, las viñetas y arabescos con que adornan sus manuscritos y otras mil cosas que admiran nuestra imaginacion, y encantan nuestros ojos completan dicha semejanza, y hacen retroceder á estos pueblos bajo el aspecto de la civilizacion á una época muy anterior á la dicha en que nosotros vivimos.

A. Jaubert.

Revista de Modas.

Ya se ha decidido cuales deben ser las modas de invierno, y EL CORREO DE LA MODA puede hablar con toda seguridad sobre la fisonomia de cada una de ellas. Equivocadamente anunciamos que los sombreros se hacian anteriormente cerrados de las mejillas, porque

siguen llevándose muy abiertos, de modo que puedan soportar voluminosas guirnaldas de flores ó cintas. Nuestro error consistió en que el ala se lleva mas caida sobre la frente, y aunque las copas van muy echadas atrás los sombreros cubren bien la cabeza y se sostienen mejor. Sin embargo, las copas ó cascos tan retirados del rodete, no sientan bien sino á las señoras de cuello bastante destacado de las espaldas. Las capotas se prefieren á los sombreros lisos. En lo tocante á guarniciones y adornos, hay tal variedad y tales caprichos que seria empresa vana intentar referir lo que mas se lleva. El raso y el terciopelo liso ó picado se mezclan casi siempre con encaje negro festoneado á puntas agudas, con blonda ó con hojas de raso y terciopelo. Cuando la copa es de raso, el borde del ala es de terciopelo picado, y representa una solapa sesgada á pliegues grandes y huecos. Se hacen tambien bordes de ala y bavolets calados y cubiertos de blonda, encaje ó tul bobiné.

Por lo que respecta á tocados y adornos de cabeza, todo cuanto hemos visto son cosas originales y elegantes que dependen por lo regular del gusto, del talento y del capricho de las modistas.

Sin embargo citaremos el tocado ó adorno llamado egipcio, compuesto de una cinta de terciopelo de color de púrpura con dibujos egipcios de oro en las orillas, fo-

llages verdes y racimos de oro con pámpanos de lo mismo. Por detras cae un velo de tul de ilusion.

De los sombreros, capotas y tocados pasemos á los vestidos. Todavía no se ha inventado un solo corte de vestido que haga sensacion. El año pasado teníamos la chaquetilla, el chaleco y los corpiños con faldetas. Hoy se ensayan los talles redondos, los cuerpos abiertos en forma de corazon; las faldas adornadas á los costados y mangas con afollados contenidos entre dos puñitos, dos cintas, ó dos galones. Alguna vez los afollados principian desde el hombro, y entonces constan de dos que llegan hasta el codo. El resto de la manga es enteramente liso. Las faldas siguen montandose á pliegues anchos, lisos y huecos, son mas largas por atrás que por delante.

Hemos visto en los talleres de algunas modistas preciosos vestidos cuyos cortes y accesorios manifiestan un gusto esquisito y joven. Uno de ellos de tafetan de Italia negro con tres anchos volantes formando ondas sostenidas por botoncitos ó rosetas de raso. Dichas ondas serpentean en anchos festones redondos y van adornadas en su parte superior con rosetas de terciopelo negro.

El cuerpo liso, alto y abierto formaba iguales undulaciones y llevaba terciopelos figurando una especie de solapas. La manga no tenia mas que dos ondas una en la

parte superior y otra en la inferior.

Otro vestido era de moiré color de violeta con el cuerpo cruzado formando corazon, y la falda adornada á los costados con orejas de terciopelo negro sostenidas por bellotas mitad de terciopelo y mitad de pasamaneria color de violeta. Igual adorno llevaba el cuerpo y las mangas.

Un tercer vestido de moiré negro. La falda estaba adornada con nueve tiras de terciopelo negro con encaje negro á las orillas. Las tiras eran redondas y anchas en la parte inferior, mas estrechas y separadas en la superior. El cuerpo liso, y alto, tenia por adorno unas tiritas estrechas describiendo pele- rina,

Por último un vestido de reps azul Eliseo. El cuerpo representaba las modas de los tiempos de Juana Hachette, es decir, que era largo, con faldetas, y los pliegues de la falda no llegaban mas que hasta las caderas dejando lisa toda la parte de delante. Las mangas tenían dos afollados desde el hombro hasta el codo, separados en el centro por un puñito. El resto de la manga era liso y ajustado.

Por lo dicho se comprenderá que las hábiles modistas luchan contra las telas á disposicion inventando preciosas guarniciones, pero sin embargo las primeras triunfan y tienen un despacho inmenso.

Jamás las telas y tisús de oro y

plata han sido mas lujosos que en la actualidad á menos que no retrocedamos á los siglos de Luis XIV ó XV. Gros de Tours se ven en el comercio con bordados de la India que cualquiera diria que han sido fabricados por tejedores de Lahora. Los dibujos, los colores y la disposicion, recuerdan las seductoras cachemiras de verano que tanto entusiasmaron á las elegantes ó petimetras nombre que vuelve á estar en uso, y que ha resucitado con el imperio.

Los trages de niños conservan la misma hechura que antes, poco mas ó menos. Para los niños los trages escoceses y á lo Luis XIII. Para las niñas vestidos que difieren poco de los de sus madres y hermanas mayores. Las Talmas, los vestidos albanés ó bayadera bastante cortos para que se vea un pantalon bordado, las manguitas cerradas al puño, un sombrero de alas anchas y largas carrilleras, adornado con plumas y flores.

Concluimos nuestra revista recomendando para el tocador el *Agua de Albion* como uno de los preservativos higiénicos mas infalibles para conservar la hermosura en la estacion presente. El agua de albion es uno de esos descubrimientos científicos cuyas propiedades saludables y benéficas son infinitas. Quita las arrugas y da al cutis del rostro y de las manos esa frescura propia de la primavera de la juventud, que tan pronto se aja y mar-

chita. Para ello es preciso emplearla pura, particularmente por la noche y humedecerse durante largo rato la cara con una tohalla de batista. Las elegantes que pueden usan tambien el agua de Albion para bañarse.

Los Señores Gellé hermanos destilando esta agua maravillosa del jugo de las plantas y flores, han prestado un servicio inmenso á la perfumeria.

ESPLICACION DE LOS FIGURINES.

Núm. 1.º CAMARGO. Manteleta de terciopelo negro, los paños de delante rectos, sesgo cuadrado para los brazos, espalda redonda: la parte anterior tiene veinte y ocho pulgadas de larga de arriba á bajo y la espalda veinte y seis, el adorno consiste en un plegado á la antigua de raso negro guarnecido con un encajito ó puntilla del mismo color. Dicho plegado es de tres pulgadas de ancho. El que guarnece la espalda, y llega hasta el sesgo del brazo, está colocado á cuatro pulgadas y media de la orilla. Por debajo de este plegado sale un encaje de siete pulgadas que cae unas dos pulgadas y media sobre otro de trece pulgadas cosido á la orilla del terciopelo. Dichos encajes forman con el plegado las mangas el sesgo del brazo.

Núm. 2.º MATILDE. Esta capa es de terciopelo y lleva un cuellecito vuelto. Va unida por delante, y la espalda foma una falsa pelerina guarnecida con un deshilado de seda de seis pulgadas y media, que arranca desde la abertura del brazo, sube á la altura del hombro

y cae por detras. El largo total es de una vara en la parte anterior y cinco cuartas en la posterior poco mas ó menos. La distancia del deshila- do desde el cuello al hombro es de once pulgadas.

Num. 3.º CARLOS IX. Pardesús de terciopelo con aplicacion de pasamanería. La capucha por delante forma pelerina. El adorno es un bordado de seda. Las mangas se obtienen naturalmente por la vuel- ta de la punta de delante y el ses- go del costado,

Num. 4.º Dux. Capa de paño con el cuello cuadrado. El adorno con- siste en ricos galones y deshilados graduados desde dos á dos y media y tres pulgadas. El corte de esta ca- pa es enteramente igual al de una Talma. El cuello cuadrado cae por delante en forma de V vuelta del revés y tiene diez y media pulgadas de ancho. La primera parte de es- ta capa, es decir, la que forma el cuerpo tiene de veinte y dos á veinte y tres pulgadas de larga, y el segundo, que va debajo del pri- mero, veinte y una. El primer ga- lon (el de dos pulgadas), se coloca sobre la costura que reúne las dos partes.

Num. 5.º FRIOLERA. Capa que se ha- ce de merino, de paño, ó de terciopelo y se guarnece con galones. Las mas largas que se llevan tienen cinco cuartas, pero lo general es hacerlas de cuatro, pulgada mas ó menos segun la estatura de la per- sona que haya de usarla. Todo el vuelo medido por la parte inferior tiene de catorce á quince cuartas. El cuello llega hasta la orilla del escote y se corta en aumento al re- dondearlo de suerte que en la es- palda tenga unas cinco pulgadas, y se sienta en el centro de ella con

dos ó tres puntos. Todo el corte al hilo está detras, lo demas del vuel- lo forma sesgo. Los galones que se cosen en seguida completan una pelerina figurada. Esta capa puede hacerse sin costura á la espalda si la tela lo permite.

Numero 6.º MEDICIS. Capa con capucha de terciopelo con aplica- cion de pasamaneria y franja. La capucha es lisa, y tiene de ancha tres pulgadas y media delante, seis sobre los hombros y diez detras. Por delante es á paños cortados por detras forma pliegues huecos,

Numero. 7.º MONMORENCI. Capa de terciopelo muy larga, al sesgo, y sin costuras. La capucha es redon- da con el borde vuelto hácia den- tro. La largaria total de la capa es de cuatro cuartas y media por de- lante, y cinco por detras, La capu- cha tiene diez pulgadas de pro- fundidad.

No hemos hablado en esta espli- cacion de los sombreros, porque pensamos dar en el próximo mes da diciembre una lámina exclusiva- mente de ellos. Entre tanto dire- mos unicamente que el del núme- ro 2.º es del número 5.º visto de frente y el del número 4.º el del número 7.º





1
Camarão.

2
Matilde.

3
Carlos IX.

4
Dux.
CORREO DE LA MODA.

5
Friolera.

6
Medicus.

7
Montmorenci.

Trages para el invierno.

de 1853.

